

O

EL ARTE DE CELEBRAR

**LA ESPIRITUALIDAD DE
COMUNIÓN EN LA LITURGIA
EUCARÍSTICA DE LA MISA**

PARA TI ES MI MÚSICA

**CANTO RELIGIOSO
POPULAR Y CANTO
LITÚRGICO**

EL ARTE DE ORAR

**TALLERES EL ARTE DE
ORAR SALMOS (TAOS)**

LITURGIA Y PIEDAD

**¿PARA CELEBRAR
LA LITURGIA SE
NECESITA FE?**

AL SERVICIO DE LA ASAMBLEA

**LA FE DA SENTIDO
Y CONTENIDO
SALVÍFICO A LA
LITURGIA**

CUMBRE Y FUENTE

**LA EUCARISTÍA,
CELEBRACIÓN
FESTIVA DE LA FE**

AUTOR INVITADO

**HACIA UN CANCIONERO
LITÚRGICO NACIONAL**

EDITORIAL

**HACIA UN CANCIONERO
LITÚRGICO NACIONAL**

PAG. 15



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

Coordinación arquidiocesana
de vida litúrgica y oración

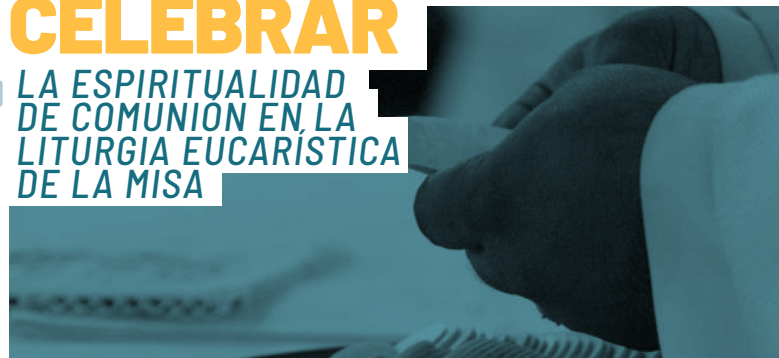
CONTENIDO

PÁG. EL ARTE DE

3

CELEBRAR

LA ESPIRITUALIDAD
DE COMUNION EN LA
LITURGIA EUCARISTICA
DE LA MISA



PÁG.

PARA TI ES MI

5

MÚSICA

CANTO
RELIGIOSO
POPULAR Y
CANTO
LITÚRGICO



PÁG.

EL ARTE DE

7

ORAR

TALLERES
EL ARTE DE
ORAR
SALMOS
(TAOS)

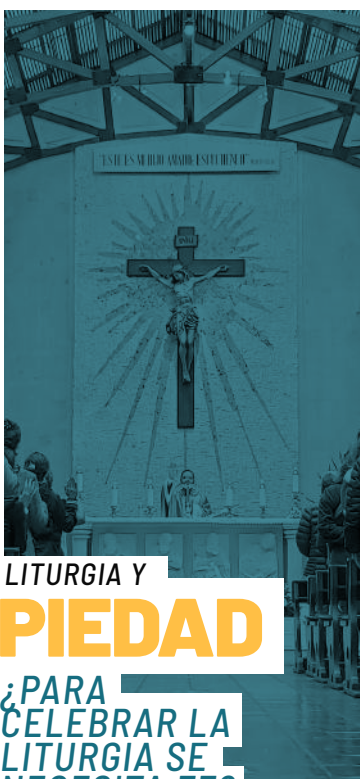
PÁG.

LITURGIA Y

9

PIEDAD

¿PARA
CELEBRAR LA
LITURGIA SE
NECESITA FE?



AL SERVICIO DE LA ASAMBLEA

PÁG.

11

LA FE DA SENTIDO
Y CONTENIDO
SALVIFICO A LA
LITURGIA



CUMBRE Y

PÁG.

FUENTE 13

LA EUCARISTÍA,
CELEBRACIÓN
FESTIVA DE LA FE



PÁG.

15

AUTOR

INVITADO

EDITORIAL

HACIA UN
CANCIONERO
LITÚRGICO
NACIONAL

CRÉDITOS

TEXTOS:

Coordinación de vida litúrgica y oración
Arquidiócesis de Bogotá

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN:

Jazmín Quitián Vanegas

FOTOGRAFÍA:

Magnific.com, aciprensa.com, vaticannews.va,
arquibogota.org.co y elcatolicismo.com.co.



LA COMUNIÓN NO ES UN ACTO PUNTUAL, SINO UN PROCESO QUE TRANSFORMA A LA COMUNIDAD Y LA CONFIGURA COMO SIGNO DE UNIDAD EN MEDIO DEL MUNDO

LA ESPIRITUALIDAD DE COMUNIÓN EN LA LITURGIA EUCARÍSTICA DE LA MISA

La Liturgia de la Eucaristía constituye el momento en el que la asamblea, reunida en torno al altar, entra en la dinámica de comunión que brota del misterio pascual. En este ámbito sagrado, la comunidad no solo contempla la entrega de Cristo, sino que está llamada a participar activa y armónicamente en ella mediante gestos, palabras y silencios que la unifican. La presentación de los dones, la Plegaria Eucarística y los ritos de comunión forman un único e íntegro movimiento espiritual en el que la asamblea ofrece, agradece, se reconcilia y se reconoce cuerpo vivo del Señor. Cada uno de estos momentos revela que la comunión no es un aspecto nominal, sino un proceso que transforma a la comunidad y la configura como signo de unidad en medio del mundo.

La asamblea no contempla el misterio como espectadora pasiva, sino que participa activamente en él, reconociéndose instrumento de unidad y esforzándose por fomentar la caridad fraterna

En la presentación de los dones, la comunidad expresa de manera visible la comunión que la sostiene. El pan y el vino, llevados al altar en procesión, no son solo materia para el sacramento, sino signo de la vida entera del pueblo que se ofrece a Dios: sus trabajos, sus gozos, sus heridas y sus esperanzas. Este gesto humilde, es a la vez un signo eclesial, pues manifiesta que la comunión nace de la disponibilidad a entregarse juntos, a poner en manos del Señor lo que cada uno es y tiene. Así, antes de que los dones sean consagrados, la asamblea ya ha sido ella misma expresión de la unidad: reconoce que todo proviene de Dios, que la bondad de Dios alcanza a toda la humanidad, y que todo vuelve a Él como ofrenda común de su pueblo santo.

La Plegaria Eucarística, centro y culmen de toda la celebración, revela la comunión en su dimensión más alta. Allí la Iglesia se une a Cristo en su acción de gracias al Padre, mientras el Espíritu Santo desciende sobre los dones para que el pan y el vino se conviertan en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Pero esta

invocación no se limita a los dones: la Plegaria Eucarística incluye también la llamada epiclesis de comunión, mediante la cual se suplica al Espíritu que quienes participen del sacramento sean congregados en la unidad y lleguen a ser un solo cuerpo en Cristo. De este modo la asamblea no contempla el misterio como espectadora pasiva, sino que participa activamente en él, reconociéndose instrumento de unidad y esforzándose por fomentar la caridad fraterna. Expresión de ello, intercede con fervor en la oración litúrgica por vivos y difuntos y se une espiritualmente a la alabanza celestial de los santos, a cuyas voces se suma el conjunto de los creyentes en la tierra.

Los ritos de comunión prolongan esta dinámica y la hacen visible. El Padrenuestro, oración de los hijos que reconocen a un único Padre; el gesto de la paz, expresión de la reconciliación fraterna; la fracción del pan, signo de la unidad en Cristo; y la participación en el sacramento constituyen un itinerario que conduce a la comunidad a vivir la comunión como don y tarea. En estos

ritos, la Iglesia aprende que no puede acercarse al misterio sin abrirse al hermano, sin buscar la paz, sin dejarse reconciliar. La comunión celebrada se convierte así en comunión vivida.

En conjunto, estos tres momentos revelan que la Liturgia de la Eucaristía es una verdadera escuela de comunión: comienza con la ofrenda compartida, alcanza su plenitud en la acción de gracias sacrificial y se despliega en los gestos que preparan a la asamblea para participar del Pan de Vida. La comunión no es un acto aislado, sino la expresión madura de un proceso espiritual que une a la Iglesia en la fe, en la caridad y en la misión. Desde el altar, la comunidad es enviada al mundo para prolongar en la vida cotidiana la unidad que ha celebrado, convirtiéndose en signo vivo del amor de Cristo.

*John Álvaro
JIMÉNEZ CARVAJAL,
Pbro.*

La Liturgia de la Eucaristía es una verdadera escuela de comunión



CANTO RELIGIOSO POPULAR Y CANTO LITÚRGICO

Es una experiencia muy grata oír al pueblo de Dios entonar a una voz cantos conocidos de la religiosidad popular, por ejemplo, el "Ave de Fátima"; "Jesucristo", de Roberto Carlos o "Viva la fe, viva la esperanza, viva el amor", de Palito Ortega; pero, lamentable, constatar con qué facilidad se introduce este tipo de cantos en la celebración de la Eucaristía. ¿Hasta dónde llega esta relación entre canto religioso popular y canto litúrgico? ¿Cómo evitar la confusión de introducir cantos de gran arraigo popular en la celebración litúrgica?

**EL CANTO LITÚRGICO NO ES
ADORNO PARA
EMBELLEECER UNA
CELEBRACIÓN, SINO, PARTE
INTEGRANTE DE LA
LITURGIA.**

El canto litúrgico no es adorno para embellecer una celebración, sino, parte integrante de la liturgia. Se ajusta a los diversos ritos de la celebración, sigue unas normas establecidas y aprobadas por la Iglesia, sus textos son extraídos o inspirados en la Sagrada Escritura y su función principal es dar gloria a Dios y santificar a los fieles.



El canto religioso popular, en cambio, sirve para el acompañamiento de ejercicios de piedad, reuniones de oración, retiros, procesiones, fiestas patronales, etc. Expresa la fe de un pueblo y su cultura, sus textos hablan de experiencias religiosas, de la vida del pueblo y están imbuidos de emoción y sentimiento. No es apto para la celebración eucarística porque su estilo e instrumentación son libres y no se ajustan a las limitaciones que exige la liturgia oficial.

La música del canto litúrgico debe cumplir tres cualidades básicas, definidas históricamente por la Iglesia: poseer santidad (unida íntimamente al rito), bondad de formas (verdadero arte musical, excluyendo lo profano) y universalidad (válido para cualquier tiempo y lugar) (*Motu proprio Tra le Sollicitudini de Pio X, n° 2*). La música del canto popular, en cambio, es más libre y espontánea, ligada al folclor o a la idiosincrasia de la región.



Utiliza cualquier género actual (cumbia, pop, balada). Por tanto, sirve más al espíritu del pueblo, ya que tiene que ver con la identidad popular, la emoción y el sentimiento. Busca inspirar la devoción, la reflexión, el consuelo o la alegría en quienes lo escuchan o interpretan. Pero, el canto religioso popular, por más bonito que parezca, muchas veces no alcanza a sostener el peso teológico de los ritos de la Misa.

El canto litúrgico sirve como modelo para que la música de la piedad popular purifique sus textos, evitando sentimentalismos excesivos o imprecisiones teológicas. Ejemplo de esto es el cambio de letra del canto popular "perdona a tu pueblo, Señor" que hizo el cantautor español Antonio Alcalde, para que pudiera usarse como canto de entrada en el tiempo de cuaresma. Una de las estrofas decía: "No estés eternamente enojado, no

estés eternamente enojado, perdónale, Señor" el cambio del texto dice: "Por tu poder y amor inefable, por tu misericordia entrañable, perdónanos, Señor". Muchos cantos de la piedad popular nacen de textos litúrgicos como los salmos. A su vez, composiciones populares de gran arraigo han sido adoptadas por la liturgia tras ser revisadas. El canto Perdona a tu pueblo, Señor, es un ejemplo de ello.

El canto litúrgico es una categoría específica dentro del canto religioso. Y todo canto litúrgico es religioso, pero no todo canto religioso es litúrgico. Ambos comparten elementos fundamentales en su temática y propósito espiritual, pues buscan conectar al creyente con el misterio divino. Tienen como vínculo común la fe y como objetivo común dar gracias, alabar y adorar a Dios. Utilizan la música como un puente afectivo y comunitario para crear fraternidad e inspirar la devoción. El canto litúrgico, sin embargo, es creado específicamente para cumplir una función en la liturgia y en ella no se puede improvisar.

*José Antonio
ZAPATA NOLE,
Pbro.*

TALLERES EL ARTE DE ORAR SALMOS

(TAOS)

En la agitación del siglo XXI, el silencio original parece haberse extraviado. Ante esta crisis del silencio, surge la necesidad de “hacer escuela” para recuperar la profundidad espiritual. “Se ora como se vive, porque se vive como se ora” (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2725). San Juan Crisóstomo recordaba que conviene que el hombre ore atentamente, ya sea en la plaza, en el paseo, en el trabajo o en cualquier labor, levantando siempre su alma a Dios.

Estas palabras inspiran la Escuela de Oración TAOS, cuyo propósito es transformar la existencia cotidiana en una liturgia viva y convertir el asfalto de la ciudad en un espacio de oración. El Catecismo subraya que oración y vida cristiana son inseparables, pues ambas participan del mismo amor y de la misma unión transformante en el Espíritu que conforma al creyente con Cristo.

TAOS es una respuesta pedagógica y contemplativa que integra la tradición bíblica con la sensibilidad contemporánea, invitando al buscador a descubrir su propio “monje interior”. No es un manual de fórmulas, sino un laboratorio espiritual donde el orante es artesano y barro de su plegaria. El acrónimo define su esencia: Taller (aprendizaje), Arte (estética de la plegaria), Orar (encuentro con Dios) y Salmos (mapa bíblico del alma).

La práctica se sostiene sobre seis pilares que resuenan con la *Lectio Divina*: Sentada, Atenta Presencia,

**LA ESCUELA DE
ORACIÓN TAOS AYUDA A
TRANSFORMAR LA
EXISTENCIA COTIDIANA
EN UNA LITURGIA VIVA**



TAOS es una respuesta pedagógica y contemplativa que integra la tradición bíblica con la sensibilidad contemporánea



TAOS es un laboratorio espiritual donde el orante es artesano y barro de su plegaria



Taller (aprendizaje), Arte (estética de la plegaria), Orar (encuentro con Dios) y Salmos (mapa bíblico del alma)

La metodología es vivencial y utiliza rituales, gestos corporales, símbolos y música para que la oración se viva con todos los sentidos



Puede implementarse como retiros intensivos, procesos semestrales o talleres independientes, adaptándose a comunidades de fe



La meta es amplia y mística: que cada ser humano descubra que su existencia misma es el salmo más profundo

Liberación, Meditación, Oración y Silencio Contemplativo (.S.A.L.M.O.S.). Esta estructura reconoce al ser humano como unidad de cuerpo, alma y espíritu, donde el cuerpo es templo y el deseo es impulso vital. TAOS se convierte en faro que honra la integración del orante con Dios y con el cosmos, como san Francisco de Asís, alaba al Creador.

El itinerario se organiza como una progresión mistagógica de dieciséis umbrales que buscan que el orante atravesase cuatro movimientos fundamentales sin separarse de su realidad: Inicio (apertura del deseo e integración del cuerpo en la oración), Transformación (silencio y Palabra creadora en lo cotidiano), Maduración (sabiduría orante frente a sombras y luz) y Plenitud (regreso a Casa y unidad plena con Dios). La metodología es vivencial y utiliza rituales, gestos corporales, símbolos y música para que la oración se viva con todos los sentidos. Un elemento clave es la "Vitácora" personal, donde el orante registra la transformación de la Palabra en su propia vida.

Con el acompañamiento del "Custodio TAOS", aquel que "ora mientras acompaña", esta propuesta de espiritualidad para la pastoral urbana ofrece flexibilidad total. Puede implementarse como retiros intensivos, procesos semestrales o talleres independientes, adaptándose a parroquias, hospitales, colegios o comunidades diversas.

TAOS es una invitación a convertir la ciudad en abadía abierta y lo cotidiano en liturgia de servicio. Al buscador le ofrece una experiencia transformadora; al guía espiritual, un proyecto sólido con vocación de permanencia. La meta es amplia y mística: que cada ser humano descubra que su existencia misma es el salmo más profundo que puede pronunciar, permitiendo que la oración deje de ser un deber para convertirse en una danza entre el alma humana y el Espíritu de Jesucristo.

(taos.salmos@gmail.com)

*Víctor Ricardo
MORENO HOLGUÍN,
Pbro.*



**TAOS SE CONVIERTE
EN FARO QUE HONRA
LA INTEGRACIÓN DEL
ORANTE CON DIOS Y
CON EL COSMOS; Y
COMO SAN
FRANCISCO DE ASÍS,
ALABA AL CREADOR**

¿PARA CELEBRAR LA LITURGIA SE NECESITA FE?

NO BASTA MULTIPLICAR CELEBRACIONES SI NO SE EVANGELIZA EL CORAZÓN DE QUIENES PARTICIPAN

La pregunta parece sencilla, pero toca el centro de la vida cristiana. Sí: para celebrar la liturgia se necesita fe; no una fe perfecta, sino una fe viva, recibida, educada y continuamente evangelizada, cultivada. La liturgia no es una ceremonia estética ni una simple tradición cultural: es, como enseñó el Concilio Vaticano II en *Sacrosanctum Concilium*, el lugar donde “se ejerce la obra de nuestra redención” y donde Cristo está presente en la asamblea, la Palabra, los sacramentos, el ministro y, de modo eminente, en la Eucaristía.

Pero para percibir esa presencia se requiere de un corazón que se ha decidido por hacer el camino del evangelio: el conocimiento del Padre a través de la Palabra en Jesucristo. Por eso, la renovación litúrgica conciliar no puede separarse de la evangelización y de la renovación pastoral. El mismo Concilio quiso que los fieles participaran “plena, consciente y activamente”; y tal participación no consiste solo en responder,



cantar o hacer silencio, sino en acercarse con fe al Misterio pascual que los ritos hacen presente. Sin evangelización, la liturgia corre el riesgo de ser ejecutada correctamente, pero no celebrada espiritualmente.

San Pablo VI, en *Evangelii nuntiandi*, recordó que la Iglesia existe para evangelizar. Esto ilumina la liturgia: la celebración es cumbre de la acción eclesial, pero también fuente de la misión cristiana. Quien escucha el Evangelio, lo acepta, lo vive y es enviado a anunciar lo que ha recibido. Así, evangelización y liturgia no compiten, se reclaman mutuamente. La evangelización prepara para



celebrar, y la celebración forma discípulos misioneros.

El papa san Juan Pablo II subrayó que existe un vínculo orgánico entre renovación litúrgica y renovación de toda la vida de la Iglesia. El papa Benedicto XVI insistió en que la liturgia no se inventa, sino que se recibe dentro de la tradición viva de la Iglesia. El papa Francisco, en *Desiderio desideravi*, instó a redescubrir la belleza de la celebración cristiana mediante una seria formación litúrgica, capaz de llevar a los fieles a comprender los signos, las oraciones y los gestos. En continuidad, el papa León XIV entre mayo y junio de 2026 en sus catequesis sobre la constitución *Sacrosanctum Concilium* del Concilio Vaticano II ha recordado que la liturgia toca el corazón del misterio de la Iglesia y que en ella Cristo sigue actuando por la fuerza del Espíritu; por eso ha pedido formación bíblica y litúrgica que ayude a comprender "el misterio de la fe que se celebra".

De aquí se sigue una consecuencia pastoral decisiva: no basta multiplicar celebraciones si no se evangeliza el corazón de quienes participan. La catequesis, la predicación, la iniciación cristiana, el acompañamiento y el testimonio comunitario son necesarios para que los fieles no asistan como espectadores, sino como creyentes que celebran por sí, para sí y por el mundo entero el Sacrificio Pascual y el Banquete del Señor.

Entonces, ¿se necesita cultivar la fe para celebrar la liturgia? Sí, porque la liturgia es el acto de Cristo y de la Iglesia, y solo la fe madura reconoce allí al Señor que salva. Pero también es verdad que la liturgia alimenta, purifica y hace crecer la fe. La Iglesia evangeliza para celebrar mejor, y celebra para evangelizar con más verdad. Donde la fe es anunciada, acogida y formada, los misterios no se reducen a ritos: se convierten en encuentro vivo con Cristo.

**Nicolás
GARZÓN,
Pbro.**



LA FE DA SENTIDO Y CONTENIDO SALVÍFICO A LA LITURGIA

La liturgia no es simplemente un conjunto y secuencia de ritos, palabras, cantos o gestos externos y su verdadera eficacia y profundidad se comprenden desde la fe, desde el acto interior de quien cree o desea creer firmemente en el Dios que nos salva por la acción redentora de Jesucristo, su Hijo. Sin esta fe y profunda convicción la liturgia corre el riesgo de convertirse en rutina hueca, en un conjunto de acciones mecánicas desprovistas de su poder transformador. Sin fe, los gestos y las palabras de la liturgia quedan vacíos.

La fe es la disposición interior que permite reconocer que, en la liturgia, Dios actúa realmente en favor de su pueblo y que la acción redentora de Cristo a través de su Misterio Pascual se hace presente aquí y ahora. Cuando el creyente participa con fe, entiende que no asiste a un mero acto social o cultural, sino a un acontecimiento de salvación. Cristo mismo se hace presente en la asamblea, en la Palabra proclamada, en los ministros ordenados y, de manera eminente, en los sacramentos. Por eso, la liturgia no solo recuerda la obra salvífica de Dios, sino que la actualiza y la hace eficaz en el presente.

Además, la fe da contenido salvífico a la participación litúrgica porque vincula exterioridad



e interioridad. La liturgia siempre implica acciones corporales: ponerse de pie, arrodillarse, responder, cantar, guardar silencio. Estos gestos tienen valor cuando expresan una adhesión interior. De otro modo, pueden convertirse en simple formalismo. Por ello, la participación auténtica en la liturgia exige una fe viva. No basta estar presentes, se requiere entrar espiritualmente en el misterio celebrado. La fe hace posible que cada oración sea verdadera súplica, cada canto una alabanza sincera y cada silencio una apertura al Espíritu Santo. Así, la liturgia deja de ser un acto externo para convertirse en encuentro transformador con Dios.

En el evangelio, Jesús invita a no caer en el peligro de una religión de formas y en un ritualismo de

LA FE ES EL ALMA DE LA LITURGIA, SIN ELLA, PALABRAS Y GESTOS PUEDEN VACIARSE DE SIGNIFICADO; CON ELLA, CADA SIGNO SE CONVIERTE EN MEDIACIÓN DE GRACIA Y SALVACIÓN

solamente exterioridades que ni llevan a una fe comprometida ni reflejan adhesión a Dios y a su Palabra. Citando al profeta Isaías, el Señor pone en evidencia la falsedad religiosa de quien se queda en una práctica vacía de contenido y de testimonio de vida: "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí" (Mt 15,8; Isaías 29,13). No se rechazan los ritos externos; se rechaza la hipocresía, es decir, cuando los gestos religiosos no expresan una verdadera conversión interior. Se puede estar en misa, recitar todas las respuestas, cantar y realizar cada gesto impecablemente y, aun así, tener el corazón distante. Por eso, la fe y la disposición interior son esenciales. Los labios pueden pronunciar oraciones, pero solo el corazón creyente puede convertirlas en verdadero culto. Cuando corazón y labios están unidos, la liturgia deja de ser rutina y se convierte en encuentro vivo con Dios.

La fe llena de contenido interior lo que exteriormente se celebra, pues convierte el gesto en adoración, la palabra en oración, el silencio en escucha y el rito en encuentro con Dios. La fe da alma a la liturgia; sin ella,

**LA FE HACE POSIBLE QUE
CADA ORACIÓN SEA
VERDADERA SÚPLICA, CADA
CANTO UNA ALABANZA
SINCERA Y CADA SILENCIO
UNA APERTURA AL
ESPÍRITU SANTO**

los gestos se vuelven mecánicos y las palabras, sonidos vacíos.

En definitiva, la fe es el alma de la liturgia. Sin ella, palabras y gestos pueden vaciarse de significado; con ella, cada signo se convierte en mediación de gracia y salvación. La liturgia alcanza su plenitud cuando el creyente, iluminado por la fe, reconoce que en cada celebración Dios continúa realizando su obra salvadora en medio de su pueblo. La fe le da sentido y contenido salvífico, sin ella gestos y palabras quedan vacíos y no dan vida divina.

*Néstor Fernando
PEÑA RODRÍGUEZ,
Pbro.*



CUMBRE

LA EUCARISTÍA, CELEBRACIÓN FESTIVA DE LA FE

Y FUENTE

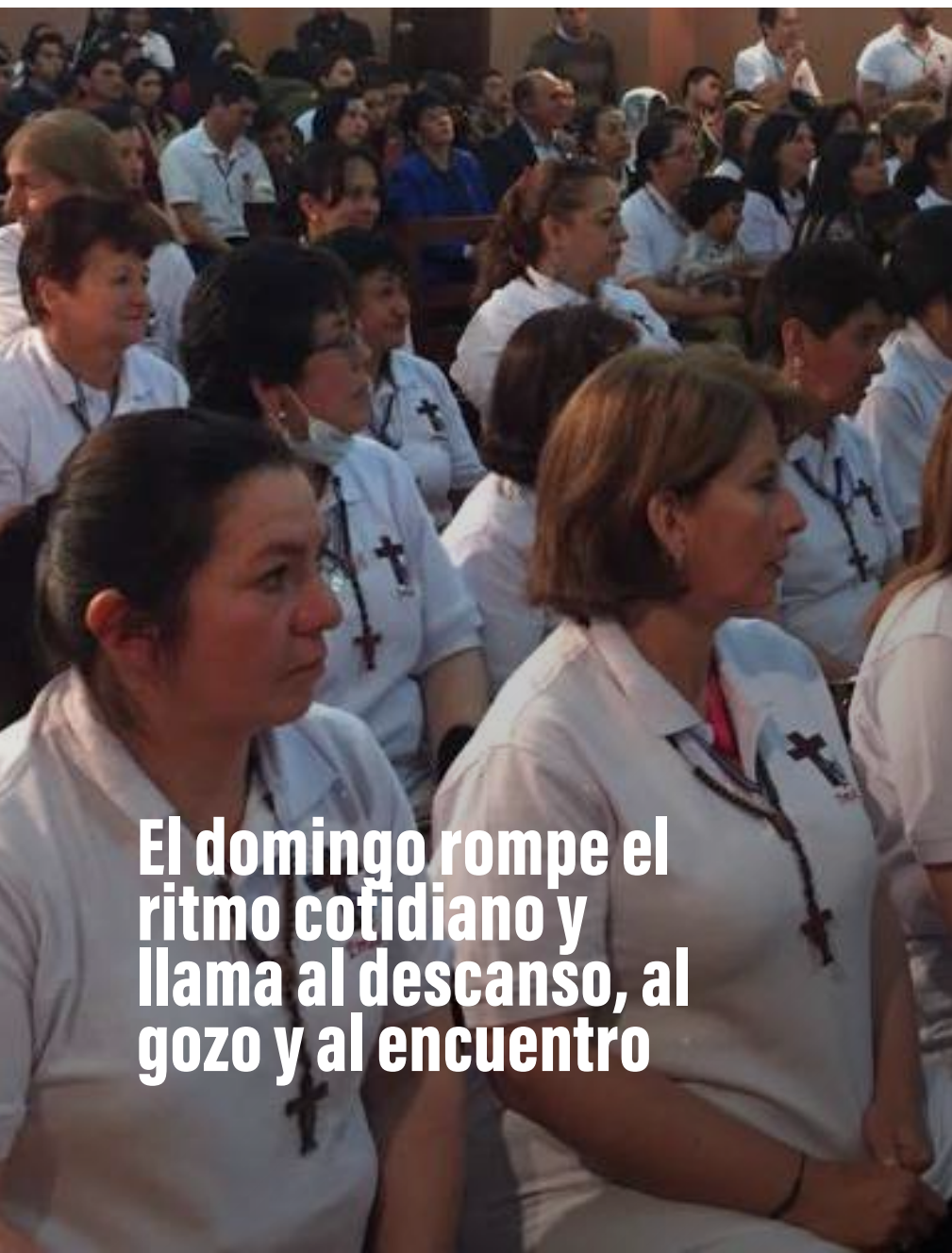
El domingo, desde el amanecer, se percibe un ambiente distinto a los demás días de la semana. El domingo rompe el ritmo cotidiano, especialmente el laboral y académico, y llama al descanso, al gozo y al encuentro fraterno.

Durante el domingo, de las casas y apartamentos salen muchos cristianos a

distintas horas y, como hormigas que siguen el mismo sendero, se dirigen a un lugar que, por su estructura, es diferente a todos los demás: no es una casa de vivienda, ni un restaurante, ni un parque, tampoco una tienda: es el templo parroquial.

Al entrar, adquieren una actitud particular: se santiguan, doblan su rodilla ante el sagrario, hacen silencio, se dirigen al santo de su devoción, y el lugar mismo les indica que están en un ambiente espiritual que merece respeto y recogimiento.

Al entrar en el templo, hallan lo necesario para una celebración: una mesa donde se servirá el banquete, unos dones que serán ofrecidos, unas bancas para todos los comensales, un sitio elevado para el animador y para quienes dirán las palabras, un grupo que cantará, otros que ejercerán algunos servicios durante el evento, unas flores que adornan el lugar, y todo, porque tomarán parte en un encuentro especial y festivo. La mesa es el altar, los dones son pan y vino, las bancas cuentan con arrodilladeros para postrarse ante del



**El domingo rompe el
ritmo cotidiano y
llama al descanso, al
gozo y al encuentro**



Señor, el sitio elevado es la sede desde donde el sacerdote iniciará la Eucaristía y el otro es el ambón desde donde se proclamará la Palabra de Dios, los cantores conforman el coro litúrgico que animará la alabanza divina, y otros laicos más que ejercerán su propio ministerio. Todo nos dice, entonces, que en el domingo los creyentes se reúnen para celebrar la fiesta de la fe, la Eucaristía, como sucedía el primer día de la semana en la comunidad cristiana primitiva (Cf. Hch 2,42.46; 20,7).

La Eucaristía es, justamente, la celebración festiva de la fe porque los motivos para su realización generan gozo y alegría. Conmemora el día del Señor, el día de la Iglesia testigo de la resurrección,

el día de la comunidad reunida por el Espíritu Santo; celebra la victoria de Jesucristo sobre la muerte y la acción de gracias al Padre por salvarnos a través de Jesucristo; actualiza el gozo de celebrar la vida restaurada por el perdón, renovada por el Espíritu, fortalecida por la mesa de la Palabra y de la eucaristía y reafirma la esperanza en la promesa de vida eterna para quienes comen y beben a Jesucristo alimento de salvación. De este modo, la fe se hace fiesta comunitaria en la Eucaristía y exige de los convidados un corazón dispuesto, una participación activa y una fe sincera que los lleve a vivir la comunión más perfecta con Jesucristo.

Deseemos, pues, el nuevo amanecer dominical. Vistámonos con el mejor traje de fiesta y con el gozo de la fe, reconozcámonos miembros del cuerpo eclesial y vayamos jubilosos al altar del Señor para celebrar el banquete eucarístico, el sacrificio de acción de gracias y el memorial de Cristo resucitado, donde la vida se renueva y el corazón arde como en Emaús.

Wilson

COBALEDA CÁRDENAS,

Pbro.

**La Eucaristía es la
fiesta de la fe
porque celebra la
vida y la salvación**

HACIA UN CANCIONERO LITÚRGICO NACIONAL

Del 19 al 21 de mayo del presente año tuvo lugar el Encuentro Nacional de Liturgia en la Conferencia Episcopal de Colombia. Su reflexión giró en torno a la música litúrgica y la elaboración del cancionero litúrgico nacional.

El encuentro contó con la participación de delegados de liturgia, animadores del canto litúrgico, directores de canto y similares, tanto laicos como consagrados. El gran invitado fue monseñor Marco Frisina destacado biblista, músico, compositor y director del coro de la Diócesis de Roma.

La oración, la disertación, el conversatorio y el panel marcaron la dinámica del encuentro, lo que quiso ser un impulso para animar el trabajo que desde ahora se vislumbra en el horizonte para bien del culto litúrgico y la participación de los fieles.

Vale la pena destacar la nutrida participación de las regiones y el buen ambiente que se tuvo durante este evento anual, cuya reflexión ha permitido conocer con mayor conciencia la realidad del canto litúrgico en las diócesis y en los lugares que a ellas se asimilaran.

Es de destacar que el ministerio del canto litúrgico es vocación recibida de Dios, por lo que no se queda simplemente en la habilidad artística y musical de quien lo realiza. En segundo lugar, que el canto hace melodía la fe que se profesa y que está ya inscrita en la creación, por lo que exige del músico arte musical, belleza en las formas y santidad, además de fe, sentido de Iglesia, conocimiento del espíritu de la liturgia y docilidad a ella como ministro del

culto litúrgico. En tercer lugar, se plantean como desafíos pastorales formar a los animadores del canto litúrgico, respetar los textos fijos de los cantos del ordinario de la Misa, favorecer la participación de los fieles por medio del canto litúrgico, evitar todo aire profano en el canto elegido para la liturgia, valorar el silencio durante la celebración, entender el canto litúrgico como parte integrante de la liturgia y superar el subjetivismo que se queda en el gusto y el lucimiento personal. En cuarto lugar, profundizar en cómo la música amplía la percepción del hombre, más allá de los sentidos, para llevarlo al encuentro con Dios, por lo que necesita un intérprete y una interpretación. En quinto lugar, contar con un cancionero litúrgico nacional plantea la necesidad de reconocer los elementos que se deben tener en cuenta a la hora de componer un canto para la liturgia; monseñor Marco Frisina destacó cinco aspectos: 1. El texto teológico y litúrgico de inspiración bíblica y de la tradición de la Iglesia. 2. La belleza en las formas musicales y su sintonía con el espíritu de la liturgia. 3. La melodía. 4. La asequibilidad a la asamblea que celebra. 5. El clima de oración que debe producir.

Más en contexto, la reflexión llevó a los participantes a profundizar en la historia del canto litúrgico en Colombia y a reconocer diversos compositores regionales, cuyo trabajo podría convertirse en base para el cancionero nacional. A la par, y en lo que a la Arquidiócesis de Bogotá se refiere, se destacó el trabajo de la Schola Cantorum de la Catedral primada, dirigida por la doctora Bárbara de Martiis quien presentó su labor musical como una manera concreta de inculturación, en la que la participación en el canto ha sido su inspiración.

Anhelamos que este encuentro nacional de liturgia haga posible la finalidad planteada y que todos nos pongamos en la tarea de velar más todavía por el canto litúrgico.

Editorial

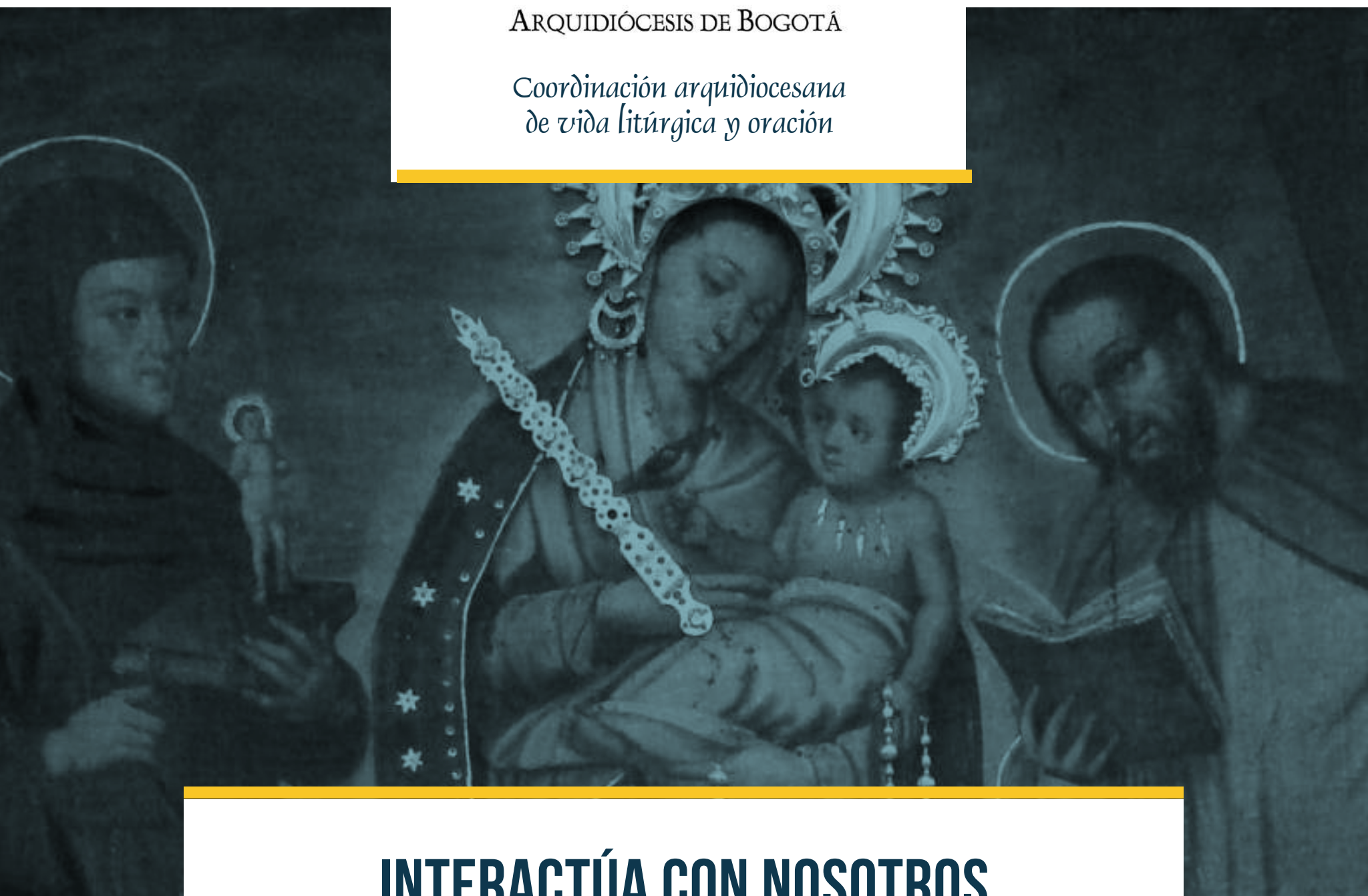


Escanea el código QR para ver el artículo completo



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

*Coordinación arquidiocesana
de vida litúrgica y oración*



INTERACTÚA CON NOSOTROS POR MEDIO DE NUESTRAS REDES



liturgiayoracion@arquibogota.org.co



coordinacionvidaliturgicayoracion.arquibogota.org.co

Si deseas apoyarnos te invitamos a realizar una donación:
Cuenta Corriente Banco Caja Social N° 21500303066 a nombre de la Arquidiócesis de Bogotá
NIT. 860.021.727-6